

para la comunicación con los espíritus, acaba por dormirnos. Con este calor del día, con esta fatiga de la lancha, tendidos sobre la arena, experimentamos sensaciones congestivas; se oscurecen las ideas de las cosas, y no vemos sino una indecisa transparencia verde, dioses azules y rosa: réstanos sólo el recuerdo, la impresión, y luego, á medida que nos vamos quedando inmóviles, empieza la noción confusa de un vaivén sin ruido alrededor de nosotros; se aproximan personajes que no son humanos, descendimientos silenciosos, frotamientos de siluetas: los monos que llegan.....

Finalmente, el sueño absoluto y sin imágenes...

UN VETERANO.

..... Débil, irás de puerta en puerta cantando tu juventud á los niños y á los vendedores de salmuera.

G. FLAUBERT (*Salammbó*).

I.

Habitaba nuestro hombre una casa pequeñita y muy antigua, próxima á la ribera, en el camino que va desde Brut al Faro del Portzie. A lo largo de esta senda, en viviendas semejantes, terminaban sus días muchos «retirados de la marina».

La suya, adosada á contrafuertes de granito en que brotaban juncos, se elevaba bastante sobre la rada obscura y profunda punta de la Cormorandière y el Goulet, entrada de la pleamar, por donde llegaban los barcos.

Un jardincillo de muro muy bajo la separaba del paso de los transeuntes; á través de los arbustos, ya viejos, se la divisaba, escondiéndose y juntándose contra las rocas con aire sombrío, combatida incesantemente por los vientos de Oeste, los malos tiempos negros, las alteraciones equinocciales ó las copiosas lluvias de los inviernos.

Cuando el cielo se mostraba algo despejado, el hombre que vivía allí completamente solo se sentaba delante de su puerta. Su barba blanca le formaba una especie de collar claro alrededor de su tostado rostro, que parecía tallado á grandes hachazos en un tronco de madera muerta.

Usaba pendientes y se tenía muy derecho. Veíase que estaba gastado, gastado hasta los tuétanos, pero de una manera singular, de una vejez que no era la de todo el mundo, y que hacía imposible señalarle una edad con sólo mirarle.

Jamás levantaba su cabeza para los raros paseantes, ni para los obreros que volvían de Brest; únicamente se interesaba cuando veía pasar un cuello azul, una cara de marinero: entonces se adelantaba para mirarle, y seguía con los ojos

aquella silueta que se tambaleaba andando hacia los confines que daban en el gris de la mar.

Por ambos lados, el de Brest y el de Portzie, huía el camino según iba subiendo, y se detenía de repente en el brumoso vacío de la rada y del cielo. Surgían los caminantes por un extremo y desaparecían por el otro como si cayeran en un abismo.

Los alrededores estaban cuajados de bloques de granito, helechos y espinos, y allí, aun á las mismas puertas de la ciudad, empezaba á sentirse el yo no sé qué áspero y melancólico del país bretón.

El estío, en sus verdaderos días hermosos, llevaba á su pequeño jardín un papagayo del Gabón, gris, de cola roja, cuyo sostén era un palo de madera de las islas y su comedero la mitad de un coco. Experimentaba el hombre gran cariño por este pájaro viejo, que permanecía taciturno en su sitio en postura caduca.

Si hacía por casualidad algún calor, ambos parecían revivir. El papagayo hablaba, siempre sin moverse, y repetía con voz de ventrílocuo injurias de á bordo. El hombre, como si estuviera en país

tropical, ponía á refrescar el agua en una jarra de Aden, se plantaba un gabancillo de nankín de corte chino, y se abanicaba con una hoja de palmera.

Cuando quedaban las ventanas abiertas, percibíase á través de las ramas de una verónica arborescente un rincón de este interior de solitario, que estaba limpio y tan bien arreglado como por las manos de una mujer que fuera muy cuidadosa. Sobre la chimenea dos cacharros, dos magotes, dos conchas y multitud de objetos exóticos.

En Junio y Julio, pálido sol oblicuo entraba furtivamente, hacia la tarde, y parecía detenerse al tropezar allí con esas cosas.

Después de la melancolía de estas costas, las sombras brumosas volvían durante largos meses á envolverlo y obscurecerlo todo.

Las gentes que habitaban las cercanías hacía ya mucho tiempo, recordaban que diez años antes había llegado este anciano. Y ya era hombre agotado, aunque sus ojos estuviesen entonces menos apagados y su collar algo más negro. Instalóse solo, preparándolo todo con solicitud egoísta, como

si se tratara de una existencia todavía larga.

Pero fué cayendo, cayendo de año en año, de estación en estación. Su triste mirada casi aterroza en fuerza de haber perdido su expresión viviente; le quedaba, sin embargo, su estatura derecha, que le daba forma de fantasma, y se movía lentamente, rígido, todo de una pieza, como una gran momia.

II.

Él se acordaba de haber sido joven.....

Ese tiempo realmente existió, y de ello tenía de vez en cuando sus visiones confusas, que dilataban aquellos ojos mortecinos.

Pero bajo la tensión de un espíritu que pretendía cogerlas, inmediatamente se escapaban, extinguiéndose, y esos esfuerzos de su vieja memoria dejaban luego en su cabeza vacía como la influencia física de un dolor.

Así, al despertar, nos admiramos de encontrar de repente una imagen soñada la noche antes; intentamos fijarla, relacionarla con otras para recomponer un conjunto que debiera tener gran encanto, y, por el contrario, antes se borra, dejando en el espíritu un vacío, una especie de misterioso agujero negro.

III.

El se acordaba de haber sido guapo, listo y fuerte.....

¿Quién le volvería ahora su fuerza, sus brazos de marinero, sus brazos duros, que al contraerse se hinchaban como pedazos de mármol, capaces de romperlo todo con su potencia, que en las arboladuras balanceadas, movidas, se tenían firmes como columnas de hierro?....

Ahora se fatigaban y temblaban nada más que por levantar una silla, pendientes de cada lado del gran cofre de su cuerpo, blandos y con sólo las venas cruzadas donde hubo músculos, como gusanos azules sobre miembros de cadáver.

Cuando los bricks de la escuela de grumetes bordeaban en la rada, todas las velas tendidas al viento del Oeste, se ponía detrás de los cristales para ver pasar á esos hijos de la mar, con sus burdas chaquetas de lienzo, que se distribuían como puntos blancos en lo alto de las cuerdas, corriendo

al sonido de los silbatos de plata, corriendo sobre el vacío á lo largo de hilos delgados, corriendo con los pies y las manos como monitos.

El que los miraba ya no entendía nada de esa amplia vida nueva, de esa borrachera del movimiento que les obligaba á correr tanto y tanto. No; pero en su infancia también en él se había desarrollado la embriaguez sobre esa rada y había cumplido con ese oficio sano y rudo. Los contemplaba mucho tiempo, y experimentaba impresiones melancólicas que casi no tenían forma; tan debilitadas y lejanas se hallaban.....

IV.

Él se acordaba de haber tenido amantes.....

Era en tiempos en que sus ojos se movían rápidos entre las negras cejas, arrojando á derecha é izquierda su llama viril y joven, un relámpago avasallador.

Había aguardado, suplicado, deseado de rodillas. Habían suspirado bajo la sensación de los besos de sus labios. Ahora, el escorbuto y las humedades de la mar les habían carcomido; sus hermosos dientes blancos, que besaban las muchachas, se convirtieron en esos marfiles amarillentos, desiguales, entre los cuales el peso de la pipa de ébano abrió redonda brecha.

Mujeres, mujeres bronceadas, mujeres negras, mujeres blancas de trenzas rubias.....

De vez en cuando su memoria le traía el recuerdo de alguna, dos tiernas frases de la otra y su dulcísima carne. Lentamente repasaba esas

imágenes espectrales, confusas, en prismas demasiado lejanos.

Ya ni aun los lamentaba, admirándose únicamente de haberles prestado en otro tiempo tanto de esa vida de que hoy era tan avaro.

El amor, esas miradas de deseo que envuelven, esos labios que se juntan por el deleite, ese eterno encanto que hace á las criaturas buscarse y reunirse, todo esto se acabó, murióse.

Ya ni aun se lo explicaba; y es que le faltaba algo para comprenderlo; la clave del delicioso misterio se perdió definitivamente para él.....

Se preocupaba de lo que comería á la tarde, de preparar su modesta cena, solo, á la luz de su lamparilla, antes de tenderse muy temprano en su helado lecho.

V.

Él se acordaba de que había tenido una mujer.....

Duró esta historia una primavera justa. Besos dados y recibidos en las tardes de Abril en la honesta calma de un hogar para los dos.....

Era quizá de demasiada edad para marinero (treinta y un años) cuando se casó con aquella chica en Port-Louis.

Hubo acompañamiento, violines, un *día siguiente* en Lorient.....

Al principio había probado la novedad de tenerla para sí solo, encontraba su encanto en decir «mi mujer», en pasearla de día colgada de su brazo, en ir luego á su habitación que arregló con sus economías de campaña.

Dos ó tres de sus camaradas hicieron lo que él en primavera, entreteniéndose del mismo modo en jugar á los casados, entre viaje y viaje, todos lejanos, y unos y otros compañeros se saludaban

gravemente cuando se encontraban en el paseo, en los caminos ya verdes.

Y luego algo más profundo vino; puso en ella todas sus necesidades de afección, todas esas expansiones de verdadera ternura de pobre abandonado, soñando con caricias más castas y nuevas galanterías, haciéndose dulce y tímido como un niño.....

.....

Un hermoso día recibió la orden para embarcarse en la *Pomona*. ¡Tres años navegando por el Océano Pacífico!.....

A su regreso, *ella* vivía con un viejo rico de la ciudad y llevaba vestidos de volantes.....

VI.

El se acordaba de haber tenido un hijo; era una niña.....

Un marinero se la robó cierta tarde de Mayo, en un año en que la primavera de Bretaña era hermosa y las noches templadas. Este recuerdo aun le enternecía; pero era el único.....

La emoción le ganaba siempre que dirigía su vista á un pequeño cuadro de conchas que contenía su retrato con el traje de la primera comunión, con su vela en la mano.

Entonces sus facciones se contraían de repente en una especie de contorsión cómica que traspasaba el alma, y lloraba; sólo dos lágrimas resbalaban por sus mejillas apergaminadas, por sus arrugas, y después nada.

Su mujer cuando la arrojó de casa le había dejado esa delicada criatura de dos años. Y era suya indudablemente; tenía su frente misma, su mirada, su sangre; y la veía siempre, su figurita de niño,

su propia figura, pero refinada y llena de candor y de juventud y como grabada en cera virgen.....

Durante diez y seis años de su vida se había privado de muchas cosas en campaña; él se reco-sía sus trajes, lavaba su ropa blanca, para reunir mayores sumas al regreso, y todo para su chiquitilla.

Era ésta delicada y blanca, con un aire de verdadera señorita, y por eso precisamente la quería más aquel hombre tan tosco.

Una vieja en quien depositó su confianza la cuidaba por su dinero en Pontanezen; cuando él venía la encontraba siempre más crecida, cada vez parecía una nueva persona. Le traía objetos raros que compraba, artículos de China, pájaros del Brasil, una cotorra. Colocó sus ahorros más tarde, para ella siempre, y durante sus cortas estancias en Brest quería que fuese bien vestida y feliz. Bien lo merecía la hija, que era alta, fina, con algo de distinción su lento modo de andar. Le daba el brazo por las calles, con lo cual se divertía, pues habiendo conservado su aspecto bastante joven y su estatura derecha, con su uniforme de contra-

maestre, oía á las gentes que se decían al día siguiente: «¡Kewella ha hecho gran conquista!»; y después á él mismo con estas frases: «Te han visto con tu amante, Kewella; linda muchacha.» A lo que él contestaba: «¿Dices que mi amante? Pues es mi hija.»

Un marinero se la robó cierta tarde de Mayo, un año en que las noches de primavera eran tranquilas y templadas.

Fué un gaviero; tenía veintitrés años, y ella lo conoció en un baile á que la llevaron para festejar un matrimonio.

Empezó él á enamorarla, y una tarde la inocente vieja que la guardaba los dejó salir juntos. Ella marchó contenta con su grata compañía, acostumbrada á encontrarse sola con gentes que la helaban, siempre encerrada con viejas feas, siempre ocupada en cosas de costura, y jamás amada, jamás acariciada sino por aquel padre que veía de tarde en tarde y que no acababa de llegar.

Poco á poco la más completa laxitud hizo presa en ella, gozando del campo tan hermosa tarde, cogida de aquel fuerte brazo cuyos músculos de

hierro se sentían á través de la camiseta de lana azul. Decíale él cosas infantiles y dulces, muy dulces, con un aire tan honrado, tan respetuoso hacia ella..... Reía abiertamente, echando hacia atrás su cuello bronceado, que es la manera de reír de los que ríen francamente y enseñando sus dientes blancos, iguales hasta el último..... Luego se encontraron sentados ambos al lado de un camino por el que nadie pasaba, sobre la espesura renovada y fresca de las plantas de Mayo. Una suavidad embriagadora en el aire, y el aroma de las flores; la rada inmóvil, gris de lino, con sus ráfagas de luz muy velada, y se extendió la noche.

¡Pobre solitaria!..... El marinero á su vez empezaba á languidecer, sólo que él ya sabía lo que esto significaba.

Sin premeditarlo, sin quererlo, se abandonó á la embriaguez, oyendo en el silencio esa vocecilla suave y velada de toda joven, sintiendo el contacto de aquella forma delicada que debía abrazarse como liana y ser suave como el marfil..... Llegó un momento en que dijo cosas vagas, incoherentes y ella veía cerca, muy cerca, inclinándose so-

bre ella, la cinta de la gorra de paño en que brillaba aún en letras doradas el nombre de la *Flora*, que era su barco; había sentido, casi tocando con su boca, la sonrisa del marinero, después el contacto de la mejilla y la barba negra..... Él temblaba cual si hiciera gran frío..... ella acabada, también temblando, experimentaba como una necesidad de confundirse con él, comprendiendo, por lo poco que sabía de las cosas misteriosas, que iba á perderse..... si perderse era darse á aquel hombre tan bueno y tan guapo..... En vez de escapar, de defenderse, había echado su brazo alrededor de aquel cuello moreno, embriagada de estrecharse contra su cuerpo, que exhalaba ese olor humano de fuerza y juventud..... La noche descendió por completo velándolos.....

.
Próximamente diez meses más tarde, volvía Juan Kewella, cierto día de invierno, de Brest, regresando de su cuarta campaña en China.

Fué el primero en desembarcar, el primero en saltar á tierra bretona, apresurándose por llegar al arrabal de Pontanézen, y llevando á la espalda

un pesado bulto con los regalos para su amada hija: era su *saco*, adornado con una pintura que representaba un barco con todas sus velas desplegadas.

Pero allá abajo, delante de aquella puerta de la casa á donde iba á entrar tan alegre, tropezó con la vieja, cuya figura siniestra le dejó helado de espanto; balbuciente y aterrada al verle, esforzóse por detenerle para que no siguiera adelante.

¿Pero qué era lo que pasaba? ¿Había muerto quizás su querida hija? El desgraciado Kewella sufrió en lo más hondo de su corazón tremendo golpe, brusco, atroz. No, no era eso. ¿Muy enferma tal vez? Puede ser..... sí; pero no..... tampoco. ¿Qué es entonces? Y apuraba á la vieja para que le contara en seguida la verdad, zamarreándola por el brazo, mientras le cerraba el paso de la puerta. ¿Dónde estaba su niña? ¿Arriba en su cuarto? ¿Dónde la habían puesto?

Otras mujeres bajaron, haciéndose las interesadas, buenas comadres, con los ayes y misteriosos aspectos que creyeron de circunstancias..... Entonces comprendió; tuvo como un relámpago,

una intuición de su desgracia, y dijo la palabra brutalmente. Sí, aquello era.....

Subió precipitadamente, pero temblándole las piernas, sintiendo una vergüenza que le quemaba el rostro, un furor terriblemente doloroso que le exasperaba, á cada peldaño de esta escalera, en su cabeza de bretón.

Pero cuando la vió tan descolorida en su camita, cogida ya la nariz por la muerte que venía, no halló palabra que pronunciar delante de aquella mirada asustada y suplicante que *ella* fijaba en él: entonces rompió á llorar sencillamente.

En voz baja, á medias palabras cubiertas por el pudor, informábase de aquellas mujeres que allí estaban. Su cólera iba decayendo..... Fué *uno* de la *Flora* que le había prometido casarse; se llamaba Pedro Daniel, y era gaviero.

Al principio temía que hubiera sido cualquier botarate de la ciudad, por dinero. Prefería un gaviero; se les casaría al retorno de la *Flora*.

Y en efecto, Pedro Daniel era bueno; de seguro que si él hubiera sabido, si hubiera podido figurarse lo que ocurría, hubiese vuelto para casarse

con esta chiquilla por no causarle pena, ni á su padre, un contra maestre un *marinero* como él. Pero la *Flora* se hallaba muy lejos; nadie fué á contarle lo ocurrido al pobre chico, y un día de paga desertó en el Perú.

Aquella tarde murió la joven, dejando en el mundo al hijo del marineró, que traía muchas ganas de vivir.

Juan Kewella pagó muy cara un ama, que bien pronto dejó morir á su vez al pobre inocente, dándole sin intención mala leche de borracha.

Los regalos quedaron intactos en aquel saco de lienzo, con toda la dicha de un regreso tan deseado y esperado durante treinta meses.

Y este día, día terrible, fué en la vida de Kewella como un gran sablazo que todo lo cortara, separando las cosas de antes de las que habían de suceder.

Por mucho, mucho tiempo permaneció viva y desgarradora esta escena en su memoria, en sus sueños, en sus muchas vigiliás.

Pero ahora esto, como todo lo demás, se olvidaba. Pasaron tantos años desde que ocurrió, como

capas de tierra se depositan lentamente sobre un sepulcro.....

El retrato de la pequeña, con su traje de primera comunión, se ponía poco á poco amarillo en su cuadro de concha, que se despegaba con la humedad de los inviernos. La fotografía era de las primitivas; ella, que era tan linda, parecía un monito corrido, con su vela, y temeroso de que le pegaran.

Kewella había hecho sacar muchas copias que llevaba á bordo de otros tantos barcos en que iba; la que existía allí era la última, la menos borrosa, aunque lo estaba mucho. Y á pesar de eso, se le parecía; en aquella figurina, más vaga al presente que un simple boceto y con sus dos manchas pajizas en representación de los ojos, quedaba algo, yo no sé qué de indestructible emanado de ella, y era cuanto se conservaba de la muertecita.

Haría pronto veinte años que descansaba en el cementerio, y su recuerdo mantenido únicamente en la cabeza de este anciano, empezaba ya á perderse en ella.

Miraba con mucha menos frecuencia el retrato

de su hija, por tanto tiempo su sagrada reliquia. Más se inquietaba de algo que comenzaba á sentir en ciertos días en la extremidad de sus adelgazadas piernas, una maldita hinchazón parecida á la inflamación de un cadáver.

VII.

Casi inmediatamente después de haberla entrado, tuvo necesidad de volver á marcharse, de alejarse todavía por muchos años del país bretón, donde apenas acababa ella de reposar bajo su cruz de piedra.

Se hizo entonces uno de esos hombres duros que corren los mares sin objeto en la vida y sin deseo alguno de detenerse en ninguna parte.

Su mando y su silbato tomaron un tinte nuevo, breve y sombrío. De día y de noche sólo se ocupaba de velas y cordaje, y traía sobre un pie á sus gavieros, sin una sola palabra de contento cuando se portaban bien. Jamás cantaba al obscurecer, y velaba constantemente sin cansarse.

Desde Hong-Kong envió una vez fuerte cantidad á la misma vieja que en otro tiempo cuidaba

de su hija, para adquirir á perpetuidad el pequeño pedazo de suelo bretón donde la habían puesto, y mandó poner una lápida de mármol. En la carta daba las instrucciones convenientes y complicadas concebidas lentamente en las veladas de la mar.

Esta mujer, cuando él regresó á Brest, se había vuelto idiota, y no se acordaba de haber recibido nada. Se hizo borracha, y gastó en las tabernas y con amigos el dinero que le habían enviado, cuando Kewella durante cinco años de viajes y de aventuras bajo un sol abrasador, no tuvo otra preocupación íntima, en sus horas de guardia, en sus noches de insomnio, que conservar inviolable la sepultura de la joven que descansaba allá abajo en el brumoso cielo de la Bretaña.....

Presuroso corrió á la tumba; la tierra se hallaba recientemente movida, y habían puesto una cruz nueva con el nombre de un viejo desconocido.

Sobre los escalones del osario, entre otros restos lamentables de rasos y flores, encontró el último regalo que hizo á su hija difunta: una

corona de perlas, con una inscripción en medio y un pensamiento.

Todo acabó entonces; la habían mudado con los demás.....

A la caída de la noche se retiró solo, solo, de aquel cementerio.

VIII.

Pasaron años y más años. Sus campañas, sus noches de vigilia, de sufrimiento ó de placer, habían seguido acumulándose las unas sobre las otras, bajo todos los climas del mundo. Padeció una insolación en Japón, la fiebre amarilla en el Senegal, la disentería en Cochinchina, y caídas y naufragios y heridas y chirlos y calenturas.

Un almirante, del cual aun se acordaba á pesar de su gastada memoria, le cogió estima, y entonces despertóse en él la ambición.

En cierta expedición al Africa le condecoraron por una bala que voluntariamente recibió en el pecho, arrojándose delante de un oficial para cubrirle con su cuerpo, por un movimiento tan espontáneo como sublime.

En fin, le nombraron primer contramaestre, grado honroso y bastante bien retribuído, el más elevado á que puede llegar el marinero. ¿Cómo

decir lo que había consumido, por llegar hasta allí, de años, de fuerza, de vigilancia, de energía, de voz, de músculos y de aliento en su silbato de plata?.....

Y sin embargo, todavía no le despreciaban las mujeres, pues había conservado su buena presencia y su aire decidido. Con el tiempo recobró su alegría mordaz de marinero; poco á poco adquirió ese ingenio de los grandes aventureros, á los que la costumbre de las situaciones extremas da una admirable soltura; nada le desconcertaba nunca, y él cortaba todas las conversaciones con sus salidas breves, mezcladas de imágenes tomadas de las cosas de la mar.

Las mujeres no le despreciaban todavía, y sin embargo estaba ya gastado.

Como se gastan los servidores antiguos, los barcos viejos, se gastan los marinos de una manera sorda, profunda, que nada contiene.

Todos los vientos y todos los soles les han agotado, sin que lo parezca, hasta que un día cualquiera caen. Entonces se paga todo: el exceso de trabajo muscular que hizo tan fuertes sus brazos;

el perpetuo cambio de climas, despilfarro de savia y de vida; alternativa de los secuestros del mar y los períodos de placer en que se entregan con el corazón y la sangre á las primeras muchachas que se abren al sol. Hay largas noches de guardia, entre las nieblas y las lluvias, las tensiones de espíritu y las responsabilidades en el mal tiempo y las horas de angustia.....

Juan Kewella estaba ya muy gastado por todas estas cosas, cuando llegó el momento de su retiro en la división de Brest, todavía flexible y de buen aspecto, con su uniforme de contramaestre y su cinta roja en el ojal.

Entonces compró su casita en el camino del Portzie, para acabar allí su vida, enfrente de la rada y de los barcos.

IX.

El día de su retiro fué un día como todos los demás. Ni las gentes ni las cosas parecía que daban gran importancia á este antiguo servidor del Estado que se marchaba para siempre.

A la hora acostumbrada del zafarrancho, mucho antes del alba, en aquellas grandes cuadras de la división, que toman algo de la rudeza y del olor de los navíos, los marineros desnudos saltaron al suelo desde sus hamacas, que estaban colgadas en filas de barras de hierro. Sólo él se sintió conmovido á su despertar, soñando con impresión indefinible que era este su último día. Después el vaivén acorta y los lavados de la mañana y todos los ruidos de esa vida empezada en la madrugada se sucedieron con regularidad, como de costumbre, y al son de tambores y cornetas. Los que habían disfrutado permiso para la noche, ó que se lo habían tomado, entraban unos detrás de otros,

excitados con la gota del placer, aun fresco, en los labios. Después el sol, sol algo velado de otoño, salió también á su hora.

Antes de la comida del mediodía, pasó Kewella la revista de inspección á su compañía, con su más nuevo uniforme, que por coquetería se puso para esta última vez. Algunos contramaestres se le acercaban felicitándole, pues había llegado á ese término que pocos marinos tienen la dicha de alcanzar. Iba á descansar por fin, á tener *su jardín-cito*, y, como ellos decían, *á vivir de sus rentas*. Otros, por el contrario, sabiendo cuan gastado se hallaba, le llamaban «mi pobre Kewella», con ese aire contrito que se toma con el que se va á morir. Luego las despedidas, los apretones de manos. Y él se creía muy contento, esforzándose en encontrar algo risueño que decirles.

A su alrededor continuaba esa marcha familiar del gran cuartel, que viene á ser como el verdadero cuartel general, la casa materna de los hombres de la flota.

La hora del descanso llegó. Entre las grandes paredes lisas, poco á propósito para escalamien-

tos, se paseaban por grupos los marinos, bien arreglados, con sus anchos trajes, con sus actitudes flojas & impacientes de niños prisioneros.

Los que habían navegado, los verdaderos, los formados, cuyos rostros se habían ennegrecido bajo el ardiente sol de los trópicos, se contaban, fumando, sus aventuras de campaña, cambiaban sus confidencias amorosas con las chicas de la vecindad, ó consumían su exceso de fuerzas en las barras de hierro del gimnasio. Los nuevos, los muy jóvenes, de cara redonda, *matriculados* apenas salidos de las lanchas pescadoras ó de las aldeas de la costa bretona, miraban algo asustados, con sus cándidos ojos, esperando impacientemente el cuello azul y la gorra que se les iba á entregar. Los viejos les contemplaban y daban sobre los otros su opinión más ó menos brutalmente expresada, oyéndose de cuando en cuando:

—Este se halla todavía salvaje, pero será fuerte.

Todo el día con su uniforme nuevo había estado yendo y viniendo sin objeto entre estos grupos por él tan conocidos; después por todas las